

Repensando y resituando posiciones: Una propuesta para disminuir las tensiones en la práctica investigadora

Rethinking and relocating positions: A proposal to reduce tensions in research practice

Laura Escudero Zabala (1) y Paula Pérez Sanz (2)

(1) Universidad Complutense de Madrid

(2) Universidad de Granada

Resumen: El objetivo de este artículo es subrayar el papel que juega la academia en la producción de “sujetos de investigación” y en la transmisión de ciertas ideologías, que ocultas en el ideal de objetividad científica, construyen imperativos sobre cuáles son las prácticas idóneas para la investigación de realidades sociales. Estos imperativos terminan por ser el origen de conflictos y tensiones durante el trabajo de campo y realmente pueden responder a “vacíos ideológicos” sustentados en relaciones de poder. Nuestra labor como etnógrafas está atravesada por dichas relaciones, que entre otras cosas, implican una jerarquización de saberes, la distinción entre “experta-informante” o la deformación de nuestros proyectos investigadores como consecuencia de las presiones y exigencias que nos marca la academia. En respuesta a estas situaciones, en este texto apostamos por resituar a las investigadoras dentro de la práctica de la investigación, partiendo de sus emociones, espacios e intereses, ya que ello puede ser un comienzo para resolver algunos de los conflictos que se han enumerado previamente.

Palabras clave: Posición de la investigadora, Conflictos, Prácticas de investigación, Otreidad, Academia.

Abstract: In this article, we underline the role played by academia in the production of ‘research subjects’ and in the dissemination of particular ideologies. These ideologies, disguised in archetypes of scientific objectivity, lead to the development of imperatives in terms of the ideal practices employed in conducting social research. We argue that these imperatives end up leading to tension and conflict during the process of carrying out fieldwork and that they are, in effect, the product of ideological vacuums upheld within power relations. As ethnographers, our work is affected by such power relations which, among other things, imply a hierarchical classification of knowledge. Such is the case with the expert-subject dichotomy, or the distortion and deformation of our research projects as a result of having to yield to the pressure and demands imposed in academia. In response to this situation, we argue for reform; the role of the researcher must be redefined

within research, in accordance with their emotions and areas of interest, given that this could act as a starting point for resolving the aforementioned conflicts.

Key Words: Role of the Researcher, Conflict, Research Practices, Otherness, Academia.

Recibido: 28/09/2014 Revisado: 08/12/2014 Aceptado: 28/12/2014 Publicado: 31/01/2015

Referencia normalizada: Escudero, L., y Pérez, P. (2015). Repensando y resituando posiciones: Una propuesta para disminuir las tensiones en la práctica investigadora. *Ehquidad International Welfare Policies and Social Work Journal*, 3, 131-158. doi.10.15257/ehquidad.2015.0006.

Correspondencia: Laura Escudero Zabala. Diplomada en Educación Social por la Universidad de Deusto y Licenciada en Antropología Social y Cultural por la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Doctoranda del Departamento de Antropología Social de la UCM. Email: laura.ezbl@gmail.com. Paula Pérez Sanz. Licenciada en Sociología por la Universidad de Salamanca y en Antropología Social y Cultural por la Universidad Complutense de Madrid. Doctoranda en el Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad de Granada. Email: paulaperezsan@gmail.com.

1. INTRODUCCIÓN

El presente texto nace de nuestra necesidad por abordar, pensar y analizar ciertas preocupaciones en torno a la ética y las metodologías de investigación. Estas ideas, surgidas a partir de algunos acontecimientos que ambas hemos vivido desde que comenzamos con nuestra trayectoria académica, se nos presentan como un pretexto para juntarnos, ahondar en el tema y formular nociones que nos puedan ayudar en un futuro. Si bien son reflexiones que se intentan materializar en papel por primera vez, todas las dudas que les han dado forma, son el fruto de experiencias vividas y sentidas como resultado de nuestro paso por diferentes universidades y de haber puesto en práctica nuestras primeras investigaciones en diversos campos de estudio y lugares.

Con este artículo hemos querido iniciar un diálogo con autoras que nos alejan de la pretensión de producir conocimientos objetivos y se encargan de señalar las posiciones ideológicas, que ocultan la supuesta neutralidad de las visiones científicas y académicas. Esto ha permitido contextualizar nuestro malestar con algunas situaciones que nos hemos ido encontrando en las

instituciones académicas y durante nuestro trabajo de campo, poniéndolas en relación con una falta de problematización sobre el lugar que ocupa la antropóloga en su investigación, la desvalorización de los conocimientos subjetivos y un claro conflicto de intereses: los personales, los de las personas y los de la academia.

Mediante el presente, hemos tratado de reflexionar sobre ese malestar, y para ello nos hemos detenido en ejemplos tomados de nuestras propias etnografías o de aquellas con las que más nos identificamos. Con todo ello, además de generar un espacio para repensar nuestra práctica investigadora y los dilemas a los que nos enfrentamos durante la misma, se pretende esbozar algunas alternativas que nos ayuden a resolver, aunque sólo sea parcialmente, todos estos dilemas.

2. SITUANDO LOS CONOCIMIENTOS ¿DE DÓNDE PARTIMOS?

Cuando nos propusimos escribir este artículo creímos que sería conveniente establecer un dialogo con aquellas propuestas epistemológicas que se alejan del ideal de objetividad y defienden la diversidad del conocimiento. La crítica que introducen dichas epistemologías nos permite contextualizar y comprender el porqué de nuestro malestar con algunas de las situaciones que hemos vivido en las instituciones académicas o durante el trabajo de campo, tanto al relacionarnos con todas aquellas personas que comúnmente se han venido llamando “sujetos de estudio” o “informantes”, como al enfrentar las angustias que nos produce la decisión sobre “cómo” escribir nuestras investigaciones, y más aún, sobre lo que nosotras mismas sentimos durante ese proceso investigador.

Creemos que todo este tipo de situaciones, y las disyuntivas que suponen para nosotras como etnógrafas, tienen mucho que ver con el hecho de que el conocimiento y las formas de producirlo no son neutrales ni están exentas de valores y relaciones de poder. Señalar y analizar estas cuestiones nos permite poner en tela de juicio algunas tensiones que se derivan de dichas

relaciones de poder y ver vacíos o contradicciones en nuestra labor como antropólogas. La importancia de repensar la posición de la investigadora- de dónde parte, con qué objetivos etc.- y resituarla en otros lugares y experiencias, incluso haciendo hincapié en sus emociones, vivencias y relaciones, se nos presenta relevante para formular prácticas investigadoras que rompan con esas cuestiones localizadas en relaciones que, entre otras cosas, responden a una mercantilización de los procesos de construcción del conocimiento, que tienen como marco la lógica neoliberal.

El poder puede explicarse y situarse en muchos lugares, pero quizá, por el objetivo perseguido con este texto, resulta especialmente interesante la propuesta de Michel Foucault (Freire 2005: 62) cuando analiza los efectos de los paradigmas científicos totalizadores. Las reflexiones de este pensador permiten desvelar las relaciones de poder que están implícitas en la producción del conocimiento y en su institucionalización. Así, la distinción que se crea entre el conocimiento generado desde la academia y los saberes populares, los que pertenecen a la gente y son fruto de sus experiencias, otorga al discurso científico un poder basado en su monopolio sobre las verdades y saberes objetivos. En este sentido, habría que desenmascarar que en esa distinción entre “ciencia” y el resto de conocimientos, se esconde el poder de un discurso ligado a una institución muy concreta, la académica, que se presenta como un nodo de saber organizado y representante del conocimiento en sociedades concretas.

Por tanto, los actos de conocer y crear conocimiento se encuentran atravesados por esas relaciones de poder, lo que difícilmente permitirá hablar de un conocimiento que no sea político o responsable de perpetuar los desequilibrios de fuerzas que gobiernan los mundos en que vivimos. En primer lugar, porque el conocimiento sólo alcanza el máximo valor si aparece ligado -y legitimado- a determinados contextos de producción, y segundo, porque también la academia persigue intereses concretos o no escapa a la presión de otras instituciones. Este último hecho tiene consecuencias muy claras y determina, por ejemplo, cuáles son los temas, enfoques o

metodologías que tienen prioridad en las investigaciones o cuáles son los proyectos que tendrán más facilidad para disponer de medios y financiación. En otras palabras, la realidad contada, escrita o estudiada gracias a esas “historias objetivas” que produce la academia y sus discursos, queda entrelazada en un orden de fuerzas del que a primera vista parece independiente. Sin embargo, el hecho de que el conocimiento científico y académico se presente como el saber objetivo por excelencia, constituye la piedra angular de su estrategia, la clave que permite a estos saberes y prácticas investigadoras ocultar sus intereses políticos y aparecer ante nuestros ojos como el discurso más neutral de este mundo.

Para entender mejor esta última idea, y antes de relatar experiencias más localizadas y concretas, proponemos como ejemplo la crítica de Edward Said (1978) a la exotización del mundo oriental que se produce en la academia y las dinámicas de poder que ello comporta, pues refuerza la división entre Oriente y Occidente y afirma la supremacía de este último.

“El científico, el erudito, el misionero, el comerciante o el soldado estaban o pensaban en Oriente porque podían estar allí o pensar en él sin que Oriente les ofreciera apenas resistencia. Bajo el lema general de conocer Oriente y dentro de los límites que el paraguas de la hegemonía occidental imponía, a partir de finales del siglo XVIII emergió un Oriente complejo, adaptado a los estudios académicos [...] y a ejemplificar teorías económicas y sociológicas de desarrollo. Además, el examen imaginario de las realidades de Oriente, se basaba más o menos exclusivamente, en una conciencia occidental soberana” (Said, 2008 [1978]: 27)

Consideramos que esta actitud se mantiene en la actualidad gracias a disciplinas académicas que no logran escapar del viejo orientalismo, pues sus intentos por comprender o explicar la cultura oriental, contribuyen a recrear esa división del mundo en dos mitades - Oriente y Occidente - y a

legitimar la superioridad económica, política y moral occidental dando continuidad al argumento colonial.

El interés por desenmascarar la falta de neutralidad en la práctica científica también ha sido abordado desde las epistemologías feministas, que además de señalar el carácter eurocéntrico del que está impregnada la academia, se esfuerzan por desvelar el sesgo androcéntrico que esconde la objetividad del método científico. Retomamos estas ideas por el interés que pueden tener para nuestro texto como otra forma de saber que, al igual los estudios postcoloniales, apunta los problemas de formas de conocimiento que se asumen como objetivas y neutrales.

En primer lugar, creemos que es fundamental agradecer a Sandra Harding (1987) y Donna Haraway (1995) sus esfuerzos por explicitar que el conocimiento siempre será una acción encarnada, o dicho de otro modo, el hecho mismo de conocer y formular respuestas ante los interrogantes que nos van surgiendo como investigadoras o personas que se cuestionan lo que sucede a su alrededor, no tiene sentido al margen de quienes somos. El conocimiento siempre parte desde un lugar concreto, desde las posiciones que ocupamos dentro de nuestro contexto, desde nuestras experiencias, nuestros privilegios o la ausencia de ellos.

De ambas autoras aprendimos que para nosotras no tiene demasiado sentido creer en esa especie de ojo etéreo y suspendido en algún lugar imaginario, incontaminado y capaz de observar desde la pureza más objetiva. Como ya apuntó Donna Haraway (1995) ese ojo no está descoporizado en absoluto, no vuela ni se sitúa en un lejano lugar, sino que la mayor parte de las veces camina y se mueve dentro del cuerpo de un hombre blanco, heterosexual y de clase media. La objetividad, tal y como queremos incorporarla, es el posicionamiento crítico, la toma de conciencia de que nuestra visión surge desde un lugar concreto, un lugar que siempre está en movimiento y que no termina de ser pleno. La objetividad consiste en la búsqueda de otros puntos de vista, en el intento por situarse junto a los sujetos desde los que parten, sin

pretender duplicar o vivir su identidad, tarea que, por otra parte, resulta imposible y poco honesta. El hecho de reconocer que nuestra propia mirada es parcial, imperfecta, situada, construida a retales, nos permite desarrollar ese ejercicio de tratar de mirar desde otra posición y en otra dirección.

Quizá muchas de las personas que nos acompañen en este texto lean estas últimas palabras pensando que seguimos bailando con un discurso asentado, obvio y ya muy superado. Sin embargo, queremos detenernos un momento en esta propuesta, pues sentimos que sigue siendo bastante problemática en un nivel más práctico y durante nuestros procesos de escritura. Tal y como explicaremos más adelante, aunque ambas hayamos encontrado bastante consenso y adhesión a las críticas que plantean Sandra Harding y Donna Haraway, el hecho de explicitar nuestras posiciones e incorporar a nuestros textos descripciones sobre las mismas, sigue siendo una tarea bastante compleja. A pesar de habernos formado en disciplinas afines a la antropología, que como sabemos, promueve una actitud investigadora basada en la vigilancia epistemológica y la autorreflexividad, encontramos aún mucha reticencia hacia ese ejercicio de describir nuestras posiciones, tarea para la cual también nos vemos carentes de práctica y herramientas. La sospecha o desaprobación que despierta el acto de situar nuestra mirada, los temores a producir información irrelevante para nuestros objetos de estudio y la falta de estrategias para desarrollar una escritura que incorpore nuestro propio yo, nos ponen muy difícil llevar a la práctica esa actitud de vigilancia con la que ambas nos identificamos.

En resumidas cuentas, creemos que aún queda mucho camino por hacer para aprovechar todo el potencial subversivo que encierran las epistemologías feministas y asumir que “reconocer nuestra parcialidad, no significa renunciar al rigor, sino más bien buscarlo a toda costa, tratando de evitar el disfraz del objetivismo, que no hace sino distorsionar la realidad y manipular las consideraciones que realizamos sobre la misma” (Pérez 2014: 44).

La dificultad para incorporar y llevar a la práctica estas propuestas, los ritmos y objetivos que a veces nos imprimen las instituciones académicas, las dudas o el hecho de querer adoptar un compromiso hacia las personas con las que trabajamos, nos han llevado a debatir todas estas cuestiones. Ambas hemos querido introducir algunas críticas al conocimiento neutral, pues nos permiten repensar nuestras posiciones como investigadoras y apostar por esa ciencia del sucesor que como bien señala Donna Haraway (1995), no sólo se detendrá en apuntar la contingencia del discurso científico, sino también en impulsar una ciencia capaz de mejorar el mundo que habitamos. En otras palabras, partir de la crítica al conocimiento objetivo, situar su parcialidad y su carácter político, nos ayuda en nuestros intentos de seguir debatiendo acerca de nuestra posición como investigadoras. Con ello, tratamos de seguir dando pequeños pasos para plantear proyectos de investigación que contribuyan a mejorar nuestras realidades más próximas o a cuestionar el contexto en el que ambas nos hemos formado como antropólogas.

3. CONFLICTOS EN LAS PRÁCTICAS DE INVESTIGACIÓN: REPENSANDO Y RE-UBICANDO A LA INVESTIGADORA

En esta segunda parte del texto nos proponemos describir de manera más específica algunas de las situaciones que afrontamos en nuestra labor académica, poniendo ejemplos propios o basándonos en experiencias y reflexiones compartidas por otras investigadoras o investigadores. Con todo ello, nuestra intención es la de reflexionar sobre los motivos por los que se nos plantean conflictos, tensiones y dilemas en la práctica investigadora. Asimismo, señalando dichas incertidumbres, pretendemos reivindicar el papel que tiene la academia en la producción de “sujetos investigadores” y sus prácticas, y por tanto la responsabilidad de abordar ciertos asuntos durante la formación para prevenir situaciones de conflicto.

En este sentido, intentaremos plantear algunas de las dudas o problemáticas que ambas hemos experimentado y mediante qué formas y posiciones la investigadora puede aliviar esas tensiones en las prácticas de investigación. Y es que interrogarse acerca de los lugares desde los que se está

produciendo conocimiento y cómo se construye la práctica investigadora, unido al cuestionamiento sobre la finalidad de nuestra investigación, son tres de las proposiciones que entendemos pueden ayudarnos a resolver – o al menos a aliviar – ciertos malestares y tensiones que nos suscitan las prácticas académicas.

Primeramente, queremos aclarar que mediante estas líneas no pretendemos declarar la guerra al conocimiento académico ni a la propia lógica de su hacer. Sin embargo, nosotras, como parte, objeto y producto de la academia, nos vemos con la responsabilidad de reflexionar y poner en tela de juicio ciertas perversiones de las prácticas de investigación que nos hemos encontrado en ese modelo de construcción del conocimiento.

A nuestro parecer, una de las cuestiones que todas las investigaciones -sean anunciadas desde la academia, como desde cualquier otro espacio- deberían repensar, es el papel de la investigadora. Ciertamente, como señala William Foote Whyte (2005), muchas investigaciones ocultan o simulan que la investigadora es un ojo externo que no profundiza en el territorio. Sin embargo, ambas estamos de acuerdo en que las investigadoras somos una de las piezas fundamentales de las investigaciones; por este motivo, nuestras relaciones y decisiones sobre el estudio que llevaremos a cabo deben de ser bien meditadas, tanto para componer el objeto, como para ser conscientes de nuestra propia figura (Téllez, 2010).

Si bien, la solución del interrogante que nos planteemos al comienzo será el objetivo de ese proceso investigador, no hay que dejar de considerar y analizar el trayecto a realizar. Concebimos que el recorrido de la práctica investigadora es un elemento igual de importante que el resultado de la misma. De hecho, a nuestro modo de ver, recorrido y resultado van en consonancia, ya que ambos confluyen para reconstruir y reformular nuestro objeto según el contexto y las decisiones que tomemos.

Aún siendo conscientes de que este asunto ha sido teorizado y se cree superado en algunos sectores de la academia, consideramos que en la práctica es un tema al cual no se le dedica el tiempo suficiente. Y es que, pensar en la posición de la investigadora, en los lugares desde dónde propone, desarrolla y realiza su práctica de investigación, son puntos que a menudo quedan excluidos debido al formato, a los tiempos y los propios objetivos del estudio. Aunque sabemos que pensar en estos presupuestos supone, en algunos casos, duplicar esfuerzos; sostenemos que es sustancial para realizar un trabajo honesto para con el conocimiento, inclusive porque todas estas decisiones y pautas repensadas serán determinantes para los resultados de investigación.

Recurrimos a una obviedad cuando decimos que toda investigación se elabora con un fin. Ciertamente se trata de un proceso de búsqueda, rastreo de elementos y datos, e indagación de preguntas que pueden ser formuladas de manera individual o colectiva. A nuestro entender, las investigaciones - todas y cada una de ellas- son trabajos de análisis que proporcionan elementos y herramientas para la transformación social. Por este motivo, defendemos una práctica en la cual la investigadora esté inmiscuida y sea miembro activo del proceso, que como aboga Nancy Scheper-Hughes (Adanéz, 2010) no se detenga a observar pasivamente la realidad, sino que pase a ser un sujeto capaz de elaborar una práctica investigadora que suponga un compromiso consigo misma y con las personas junto a las que participa a lo largo de dicho proceso.

Por último, como bien apunta Carmen Gregorio (2014), queremos recordar que la investigadora observa, siente, participa, erra, conversa, se emociona, actúa y toma decisiones. En este sentido, defendemos la existencia y la necesidad de una investigadora que toma conciencia de que es parte fundamental en el proceso de conocimiento, que explicita sus posiciones, sus emociones y las acciones y decisiones que toma dentro de dicho proceso. Creemos que todo ello nos llevará a hacernos preguntas que consideramos básicas para una investigación, como el índice de viabilidad de los estudios,

su ejecución o sus conclusiones, y a cuestionarnos por qué, para qué y para quién trabajamos.

3.1. LOS PRIMEROS CONFLICTOS: FINES, ESPACIOS Y TIEMPOS

Como venimos diciendo, la primera de las cuestiones que despunta cuando nos proponemos un estudio de lo social es el fin, es decir, el objetivo de esa investigación: para qué lo hacemos. Como consecuencia, inevitablemente nos topamos con una segunda pregunta: ¿para quién? Aunque en el presente texto estemos haciendo un esfuerzo para que estas cuestiones terminen resultando evidentes, tenemos la impresión de que se trata de reflexiones que no siempre se plantean a la hora de escribir un proyecto de investigación.

Como explicitábamos más arriba, consideramos que el poder de indagar en la realidad social supone producir conocimiento acerca de dimensiones que entrañan incógnitas, ayudando a diagnosticar necesidades, problemas y a conocer ciertos procesos sociales enmascarados y a veces insospechados. Por lo tanto, creemos que plantearse el *porqué* y el *para quién* antes de esbozar cualquier proyecto, es algo esencial.

Apuntar esta proposición dentro de nuestra reflexión se explica, justamente, en el hecho de que nosotras mismas nos hemos sentido abatidas por la disputa entre los intereses individuales y los de la comunidad -o personas- con las que íbamos a desarrollar la investigación. Ciertamente, los intereses de la academia, el espacio del que en teoría ambas partimos, no son los de las personas con las que vamos a investigar – o “a las que vamos a investigar”, según la perspectiva –, y es que, el camino inicia en lugares e inquietudes distintas. Por ese motivo, consideramos que los espacios de enunciación de las investigaciones, son extremadamente relevantes para el desarrollo de la práctica investigadora. Así, la ubicación de la investigadora será piedra angular del mismo curso de la investigación. Por dicho motivo, resituarla en la práctica, dejando espacio al diálogo y a la construcción

común de los objetivos, ayudará a eludir ciertos conflictos y tensiones que podrían aparecer, haciendo posible elaborar un trabajo más honesto con las personas y con ella misma. En esta línea, queremos recuperar aquí un fragmento del texto de Jesús Adánez (2010), pues consideramos que muestra claramente lo que pretendemos explicar. Éste, realiza una reflexión sobre el proceso de la etnografía realizada en la barriada Valle de Chalco, en México, y relata así algunas de sus problemáticas:

“El conflicto surgió del fuerte contraste entre el carácter académico del tema de investigación (“la organización del espacio doméstico”) y la realidad palpitante y problemática -viva- con que nos topamos; y se materializó en una urgencia y el vértigo de querer abandonar el primero, sustituyéndolo por otro más cercano a esa vida, más comprensible allí donde estábamos. [...] Nuestro discurso fue bien recibido, pero uno de los presentes pidió la palabra y preguntó, creo que sin acritud, para qué les servía a ellos ese trabajo; en medio del desconcierto que nos invadió a los demás, uno de los etnógrafos se alzó, como impulsado por un resorte, para afirmar que nuestros objetivos no tenían para ellos utilidad alguna y que debíamos reemplazarlos en consecuencia.”
(2010: 52)

Al hilo de esta argumentación, queríamos mencionar la propuesta de Marta Malo y Débora Ávila (2012), considerando la crítica que elaboran, una de las más honestas en este sentido. Estas dos impulsoras de la investigación militante, que abordaremos más adelante, desarrollan una reflexión sobre este tipo de conflictos, señalando cómo los propósitos de las investigaciones que utilizan los métodos académicos tradicionales, persiguen fines que, localizados en la propia academia, refuerzan relaciones de poder, pues reproducen la distinción entre los lugares legítimos y no legítimos para producir conocimiento. Y es que, con las investigaciones situadas dentro de la academia sucede a menudo que al tratarse de formatos individuales y basados en objetivos no colectivos – ni en muchos casos “colectivizables” –

es difícil que el conocimiento producido llegue hasta las personas “sujeto” del estudio o pueda ser una herramienta útil para ellas. Así, como señalan estas investigadoras, parece que dichos formatos buscan la extensión del currículum académico y de la trayectoria individual, dejando de lado otros intereses o aplicaciones del conocimiento. Al mismo tiempo, señalan por ejemplo, la acentuación que se le da dentro de la academia a la autoría individual y como consecuencia, el esfuerzo de las investigadoras por ceñirse a esta norma, perdiéndose la posibilidad de construir e intercambiar inquietudes con otras compañeras situadas tanto dentro como fuera de los espacios académicos.

Ciertamente, concordamos con estas afirmaciones y consideramos que las cuestiones que nos traen estas autoras, son ejemplos de expresión del sistema neoliberal asociado al abordaje del conocimiento de lo social. Precisamente, advertimos cómo en muchos casos, las directrices que la academia marca a la hora de afrontar una investigación, construyen el fin último del proyecto. Por ese motivo, pensamos que es responsabilidad de la investigadora hacer un intento por desligarse – o al menos cuestionar y replantearse – estas orientaciones y que el proceso sea lo más justo posible con las personas “sujetos” de ese estudio. Así, como Jesús Adánez concluye parafraseando a Margarita del Olmo (2010: 55):

“Por razones éticas [...] y también por razones metodológicas- el trabajo de campo del etnógrafo típicamente necesita ser aceptado por la población en estudio para que se pueda llevar adelante-, la selección de los temas o aspectos del tema de investigación etnográfica ha de concretarse en diálogo con el grupo objeto de esa investigación”.

Y es que, ya sean pautas administrativas, normas del propio proyecto, indicaciones de rigurosidad o tiempos; debemos ser conscientes de que en muchas ocasiones no van en consonancia con la realidad social. Por mencionar el tema de los tiempos en las investigaciones, y precisamente por

haberlo sufrido en nuestros propios trabajos, podemos afirmar que entre los tiempos de producción académica y los tiempos de los procesos sociales y de las personas existen grandes distancias. Son los plazos de entrega de resultados, la duración de la estancia en un lugar, o incluso las diferencias que las personas que vivimos en un mismo espacio tenemos sobre la percepción de los tiempos – como ya indicaban Robert Redfield (1968) y George Simmel (2005), dentro de la ciudad, cada espacio tiene temporalidades diferentes – los que enmarcados en una lógica de producción, alcanzan ritmos de mercado y desvirtúan el propio objeto por el que se planteó el estudio. Así, mantenemos que es fundamental la desnaturalización de los tiempos; es decir, más allá de las demandas académicas y de mercado, creemos en ese dejar fluir a los procesos, a las personas y a una misma en el progreso del trabajo. Somos conscientes de las dificultades que entraña este propósito, pero creemos que merece la pena intentarlo y luchar para que nuestros interrogantes y propuestas de investigación puedan salir a flote entre las imposiciones de maximización de la productividad y jerarquización de saberes que se encuentran dentro de la academia. A continuación rescatamos un fragmento de dilemas con los tiempos que una de nosotras vivió en su trabajo con población de una favela de Rio de Janeiro.

“Yo reservaba el día entero para el encuentro [para entrevistar a las personas], pero siempre había algún impedimento para encontrarme con ellas. “*Estoy llegando*”- y nunca llegó-, “*No consigo llegar, ¿podemos vernos mañana a la misma hora?*”-en tres ocasiones la esperé en el mismo lugar a la misma hora-, “*¿Puedes esperar un minutito solamente?*”- y esperaba dos horas sentada en el mismo lugar. Éstas eran respuestas recurrentes que obstaculizaban mi trabajo, tanto que el tiempo avanzaba y yo no estaba consiguiendo cubrir los objetivos ni desarrollar la investigación. (Fragmento re-elaborado a partir del diario de campo).

Este fragmento que ha sido re-elaborado a partir de diversas situaciones que una de nosotras vivió con personas diferentes y que quedaron descritas en el diario de campo, evidencia la degeneración de los tiempos. Por un lado, los tiempos de la investigadora, los académicos y los que se corresponden con la aceleración del ritmo en una ciudad como Río de Janeiro; y por otra, los tiempos de las personas, habitantes de la misma ciudad, pero espacial y, sobre todo, socialmente distantes. Nos interesa destacar cómo el tiempo deja de concebirse de la misma forma, pero también, y más allá de esas diferencias que vamos encontrando con respecto a las personas junto a las que trabajamos, creemos que los tiempos académicos resultan ser demasiado breves y responsables de entorpecer nuestro acercamiento antropológico a las realidades que nos interesan.

Pensamos que el esfuerzo por desnaturalizar el tiempo es sustancial, pero que además la variable del “interés por la investigación” empujaría a una mayor disposición y colaboración. Retomando cuestiones que remarcábamos anteriormente, lo que queremos decir es que reivindicamos la exigencia de producir objetivos con las personas, es decir, que sean de su interés y que al mismo tiempo vayan asociados a emociones y vivencias personales de las investigadoras. Creemos que este ejercicio permitiría conjugar un equilibrio dentro de la fricción que generan los ritmos que tan a menudo nos marca la academia, la necesidad de producir y ser productivas y la falta de financiación y recursos para realizar nuestras investigaciones. Es decir, quizá es tiempo de valorar otro tipo de recursos – sobre todo ante la ausencia clara de apoyo y posibilidades dentro de las instituciones académicas, cada vez más envueltas en un clima de competitividad –, aquellos que nos ofrecen las redes personales, el conocimiento previo o la pasión motivada por la implicación emocional con los temas que estudiamos. Quizá hoy estos elementos son herramientas valiosas para limar las asperezas de los patrones académicos y nuestra precariedad, el motivo más importante para llegar al fondo de nuestras cuestiones y no abandonar nuestros objetivos.

3.2. CUANDO LA INVESTIGADORA SE CONVIERTE EN “LA OTRA”. CUERPOS, TEMORES Y TOMA DE POSICIONES

En este sentido, y recordando nuestra propuesta de reubicar el lugar de la investigadora en los proyectos; consideramos que, si partimos desde el desconocimiento de espacios y normas sociales y no compartimos un mismo código -incluso a veces un mismo idioma o jerga- hará del desarrollo de la investigación más complejo. Ciertamente, pasaremos de la familiaridad absoluta -nuestra cotidianidad- a un espacio desconocido (Whyte 2005), lo que generará cierta distancia simbólica que será mutua entre la investigadora y los sujetos. Incluso en el esfuerzo de romper con ella, e intentar liberarnos de nuestro “yo cultural” patente en el campo (Scheper-Hughes 1997: 38), tendremos que trabajar para que esa distancia que nuestro cuerpo, nuestra condición social y sobre todo esa construcción que la “otredad” crea, disminuya. Y es que, cierto es que la academia nos enseña a distinguir al “otro” y a cómo construirlo. Lo que no nos muestra, o si lo hace es de manera superficial, es que “el otro”, “el nativo” -en esa relación de extrañamiento- también nos construye, nos observa y nos vigila; generándose así una doble vigilancia de la “otredad”.

En este presupuesto la academia nos habla -una vez más- acerca de su forma de ejercer el poder legítimo sobre el conocimiento y de cómo determinadas prácticas investigadoras van construyendo un tipo muy concreto de “sujetos de estudio”- esos “otros” que serían nuestros “informantes”-. Ambas pensamos que estas coyunturas del “quién construye a quién”, “quién observa a quién”, son más que recurrentes durante los primeros pasos en el campo y que a pesar de que como explicita María Isabel Jociles (1997), el trabajo de campo sea una experiencia viva con errores -principalmente en los primeros contactos, movimientos y conversaciones-, creemos que son realidades que no se abordan lo suficiente, ni en la formación académica, ni en la propia reflexión durante la práctica.

A continuación presentamos otro fragmento de uno de nuestros diarios de campo, correspondiente a una investigación desarrollada con mujeres

gitanas en el barrio de Hortaleza (Madrid), y que en nuestra opinión ilustra esta tensión que vive la antropóloga recién llegada y la cantidad de imaginarios que se despliegan en torno a su figura:

“Manuela sigue insistiéndome para que le compre algo, que es que ella tiene que comer y no tiene dinero. Le sonrío y tratando de bromear con ella, le digo que precisamente ahora yo tampoco tengo dinero suficiente para comprar nada de lo que está intentando venderme. En ese momento me mira de arriba abajo y me dice que se nota que yo vengo de una “familia bien” y que algo tendré. Se queda callada unos segundos y me pregunta que si no seré la espía de nadie. *Lola*, que está sentada a mi lado deja escapar una sonrisa y le pide a *Manuela* que no me hable de ese modo; “la pobre”, dice “cómo va a ser espía de nadie, mírala que buena parece, y además acaba de llegar”. *Sole* empieza a reírse y a decir que espía no, pero que me llamo Verónica (intentando tomarme el pelo una vez más porque nunca recuerda mi nombre) y que está claro que soy una “loquera”. En ese momento, siento que se ha creado un poco de tensión y el único modo que encuentro para relajarla es tomarme bien todas sus bromas, por suerte, parece que surte efecto y terminamos las cuatro riendo a carcajadas”. (Fragmento recogido en el diario de campo)

De este modo, la “niña de buena familia”, “la pobre”, “la espía” o “la loquera”, son algunas de las categorías con las que en apenas dos minutos hemos sido clasificadas como “las otras” durante nuestras experiencias en el campo. Por este motivo, creemos que es vital estar preparadas para gestionar la desconfianza, la sospecha o incluso la condescendencia que generamos en las personas con las que trabajamos, siendo necesario disponer de más espacios en los que debatir y aprender sobre estas cuestiones. En algunos casos hemos llegado a creer que el éxito en este tipo de situaciones se debe enteramente a nuestras habilidades sociales y que además es el resultado de la experiencia y la paciencia. Y sin embargo, cada vez estamos más

convencidas de que una reflexión más profunda sobre nuestras posiciones, nos ayudaría a tomar conciencia de cómo podríamos ser situadas. Si bien es cierto que quizá sí sean necesarias buenas dosis de paciencia y experiencia, estas reflexiones harían posible reducir nuestras frustraciones o sentirnos menos vulnerables mientras vivimos la experiencia de estar en el campo. En este sentido, nos resulta muy interesante la reflexión de Ana Alcázar (2010), pues en el acto de resituar su propio papel como investigadora dentro del proceso y el resultado de la etnografía, nos invita también a reflexionar sobre la corporalidad de la antropóloga, abriendo nuestros horizontes en relación al recorrido realizado en la investigación y enmarcando las dificultades y ventajas de su trabajo etnográfico en un contexto real, personal y mucho más cercano. Así, cuando habla de su día a día en Cuba y de las relaciones con sus informantes, Ana comparte lo siguiente:

“En estas interacciones se explicitan las “marcas” de identidad que me son asignadas, de las que se derivan consideraciones acerca de las relaciones sociales en Cuba. Así, no puedo obviar que la gente me veía como mujer, extranjera, española por demás, y blanca. Se trata de una serie de *atribuciones* que son cargadas de significados en mis interacciones sociales” (Alcázar 2010: 95).

A partir de este ejemplo y los anteriores, nos damos cuenta de que en la práctica de investigación se dan tensiones derivadas de cómo las personas con las que trabaja la investigadora la sitúan, la convierten en “la otra”, o la clasifican en distintas posiciones utilizando criterios que la etnógrafa encarna mediante su cuerpo, que entre otras cosas, aparece generizado y racializado. Todo ello nos lleva a reflexionar sobre dos cuestiones. Por una parte, cada vez parece más claro que es necesario dotarse de herramientas con las que abordar y explicitar este proceso mediante el cual nuestras/os informantes nos colocan en algún lugar, dejándonos en muchos casos desprovistas de agencia y margen de maniobra, y por otra, sobre el empeño de mantener o partir desde una cierta distancia con nuestros objetos de estudio.

En relación a la segunda de estas cuestiones, ambas coincidimos en nuestras dudas sobre la supuesta bondad de esa distancia con respecto a las realidades que estudiamos y los beneficios de esa saludable “falta de implicación”, que sin duda nos hará ver las cosas mucho más claras y ser capaces de crear espacio para más puntos de vista. Guiadas por la sospecha hacia estos presupuestos, nos gustaría, una vez más, rescatar la propuesta que Marta Malo y Débora Ávila (2012) realizan sobre la “investigación militante”, para presentarla como una opción que rompe -entre otras cosas- con ese prejuicio sobre la necesidad de mantener la distancia epistemológica con lo que se investiga. Desde esa perspectiva intentan subvertir las jerarquías entre “investigadora-informante”, reconocer otras dimensiones expresivas y dar valor a conocimientos y saberes que no son estrictamente académicos. Además, refuerzan la toma de conciencia, y la toma de partido de todas las partes en la práctica investigadora, lo cual, en nuestra opinión, no sólo no invalida lo que producimos, sino que reduce todas las tensiones derivadas de las dinámicas que la “otredad” crea. Justamente, creemos que este tipo de propuestas encajan desde la teoría y la práctica con las dinámicas de investigación que estamos criticando en este texto – mercantilizadas, individualizadas, competitivas y descontextualizadas o ajenas a las personas –, por el hecho de que desafían la clásica estructura y procedimientos inscritos en la misma práctica de búsqueda.

No obstante, opinamos que no existen métodos, perspectivas, ni posiciones universales, sino que cada espacio exigirá su acoplamiento concreto, ya que los fines, recursos y las relaciones con las personas son dispares en cada contexto. Así, la metodología, perspectiva o técnicas deberán de ser escogidas y establecidas según estos parámetros.

Pese a que invitamos y manifestamos nuestro pleno acuerdo con el hecho de adoptar esta postura de “investigación militante” sugerida por estas dos investigadoras, somos conscientes de que no siempre partiremos desde el conocimiento de los espacios en los que investigamos. Todo lo contrario, en

muchos casos nos aproximaremos desde el extrañamiento -que podrá ser una distancia pequeña o enorme- y nos introduciremos en lugares en los que nos resultará inevitable no pasar por los típicos rituales del “proceso de iniciación del campo” (Fernández, 2003). Afirmar lo contrario sería absurdo y además supondría limitarnos a estudiar únicamente realidades ya conocidas o cercanas. Dejando claro que no queremos caer en esa reducción de la labor de la antropóloga, sí que defendemos la implicación y la militancia como recursos y estrategias muy útiles para construir y resolver nuestras preguntas de investigación.

Teniendo muy presente esta última cuestión, y sabiendo que la distancia y el extrañamiento pueden ser situaciones recurrentes, retomamos la idea de potenciar, en la medida de lo posible, esas relaciones y lazos creados antes o durante el trabajo de campo (Gregorio, 2014), aquellos que surgen de manera humana y espontánea, planteando unos fines comunes y honestos con todas las partes involucradas en el proceso de investigación.

Por otra parte, partir de esa posición en la que la investigadora construye a la par con las personas, nos permite crear conocimiento comprometido con la realidad y las necesidades contextualizadas desde posturas más horizontales que verticales. Trabajar desde este punto, y colectivizando conocimientos con quienes nos acompañan en el proceso etnográfico, sitúa a la práctica de investigación en otros parámetros, ya que rompe con las jerarquías de saberes tan solidificadas en las figuras “experto-informante”, que no hacen sino reforzar la idea de “quién tiene el conocimiento y quién no lo tiene” y “quién es sujeto y quién es objeto”. De este modo, acompañamos la propuesta de quebrar esa dualidad entre “etnógrafa-sujeto de estudio”, alejándonos del vicio de entender a las personas como meras herramientas de información útiles para la investigación, dejando de instrumentalizar el conocimiento y colectivizando el saber común (Ávila y Malo, 2012). Recuperamos aquí un acontecimiento -probablemente inusual, pero verdaderamente importante para analizarnos a nosotras mismas y pensar en

nuestra práctica- ocurrido durante el trabajo de campo en una favela de Río de Janeiro y que creemos que evidencia bien esta cuestión.

“Mi profesora me pasó su contacto, que le conocía de movimientos y militancias en la favela. Contacté con él vía redes sociales y le conté sobre el trabajo que estaba intentando desarrollar, “un trabajo para la universidad”, le dije. La persona -un hombre aproximadamente de 40 años de edad, negro y militante de favela- me respondió que podríamos vernos para conversar pero me advirtió que no le gustaban esas investigaciones de la universidad, que tenía muchas críticas a los investigadores que desarrollaban ese tipo de trabajos porque no traían ningún retorno para la comunidad y que se sentían como “ratas de laboratorio”. Hablamos varias veces más, pero nunca llegamos a encontrarnos para charlar. Comencé a ver su preocupación por las investigaciones académicas en la favela cuando empezó a colocar en las redes sociales, frecuentemente, frases como “Favela no es zoológico”, “Vamos a comenzar la campaña investigando a los investigadores”, “Vamos a comenzar a indagar a quién le interesan esas investigaciones y cuál es el retorno de esas investigaciones para las favelas, estamos dando armas para nuestros enemigos, ya que sabemos que la estructura de las universidades es blanca, elitizada y reaccionaria”. Incluso una vez subió una imagen de una pareja -dos blancos, una mujer rubia de pelo liso y el hombre castaño- caminando por la calle dirección a la favela con un ojo enorme que salía de un brazo gigante desde la favela dibujada encima- y donde las cuatro personas que aparecían eran negras- imagen titulada “*pesquisando os pesquisadores*” [“investigando a los investigadores”]. (Fragmento recogido en el diario de campo).

A través de esta experiencia, revivimos no sólo cómo en muchos casos se nos sitúa en “la otredad”, sino además cómo se hace patente que esa jerarquización de saberes y la distinción entre “experta-informante”, dificulta

en gran medida nuestra labor en el trabajo de campo. Obviamente no podemos desprendernos de la racialización con la que habla nuestro cuerpo, privilegiada en muchos contextos, ni olvidar desde qué espacios - académicos- escribimos y pensamos la mayor parte de las veces; de lo que se trata, más bien, es de reflexionar, cuestionarnos y buscar estrategias para reducir esta tensión.

Tomando en consideración lo expuesto hasta ahora, proponemos una reflexión para repensar -y tal vez reformular- las prácticas de investigación poniendo el foco en el propio cuerpo de la investigadora, sus experiencias y sus emociones (Gregorio, 2006, 2014; Alcázar, 2010; Soto, 2013; Bondi, 2003; Scheper-Huges, 1997). La figura de la etnógrafa, su cuerpo y sus experiencias son una parte fundamental, y casi siempre invisibilizada, de la reflexión y del proceso de investigación, uno de los lugares en los que reside la clave para reducir tensiones, afinar nuestros resultados y construir un conocimiento más horizontal y comprometido.

4. CONCLUSIONES

Este texto, además de una declaración de intenciones y un intento por situarnos, es un voto de confianza para las investigadoras. Es decir, confiamos en ellas, pues como agentes y ejecutoras de la propuesta y de construir conocimiento, tienen gran responsabilidad en el resultado y la forma que adoptan dichos procesos. Entendemos que no pueden ser ellas las que se queden observando, esperando un cambio, o maquillen las realidades humanas ignorando las inhumanas. Como plantea Nancy Scheper-Huges (Adánez, 2010) ellas tienen la responsabilidad de dar legitimidad a la ciencia a la que pertenecen - véase la antropología en nuestro caso- y a realizar, en paralelo, un trabajo político de denuncia y compromiso. Por todos estos motivos, ensalzamos una práctica investigadora que las reubique dentro de la misma; potenciando los conocimientos basados en sus propias experiencias, en sus propias relaciones, sus necesidades, sus sensaciones, sus preguntas, sus intereses y dando valor a sus espacios.

En este contexto, la defensa a ultranza de “lo objetivo” se nos presenta fuera de lugar. Así, apoyándonos en Mercedes Blanco (2012: 177), impulsamos “una praxis de una verdadera interdisciplinariedad que respete y valore en igualdad de condiciones una gama de posibilidades epistemológicas y metodológicas“. Creemos que es fundamental empezar a romper con los prejuicios hacia esos saberes experienciales y subjetivos, hasta ahora tan denostados y considerados inferiores, pues como destaca Mercedes Blanco (2012) investigar, al fin y al cabo, es elegir niveles de análisis, ya que el dato se construye.

Del mismo modo, atribuimos a la formación académica la responsabilidad de solventar o, cuanto menos, abordar abiertamente estas cuestiones. Consideramos que algunos de los errores, tensiones y conflictos que surgen en el campo son consecuencia de la escasa reflexión sobre la posición de la investigadora - desde dónde y cómo se plantea la investigación -, así como de un desconocimiento sobre las herramientas que puede desplegar para resolverlos. Intuimos que estos errores no son más que vacíos en la formación y que esta falta de reflexión y aproximación a los posibles problemas o tensiones que puedan aparecer en la práctica, realmente no son más que encubrimientos que enmascaran relaciones del poder académico y su disimulada posición política e ideológica respecto al mundo y la realidad social.

En resumidas cuentas, creemos que todas estas cuestiones, si bien pueden aparecer en cualquier investigación académica, no siempre son fruto de una problematización continua sobre el lugar que ocupa la investigadora en su propio proyecto. Asumimos que ello está vinculado a la convicción – y a la desesabilidad – del rol neutral de la investigadora, a esa supuesta objetividad como una guía para sus prácticas, a esa asimilación a la figura concedora por excelencia, a la del único sujeto capaz de hablar desde la razón, frente al cual aparecen “las otras” de las que nos habló Donna Haraway (1995).

No obstante, creemos que estas situaciones de tensión que hemos enumerado y descrito, no hacen sino evidenciar, ya durante el mismo desarrollo de las prácticas investigadoras, que el conocimiento no es neutral y que por lo tanto, el rol de la investigadora tampoco lo será. Por este motivo, alentamos a nuestras lectoras y lectores a plantearse estas cuestiones, a revalorizar todas sus experiencias – personales y de investigación –, resituándolas en el centro de este proceso reflexivo. Creemos que todo ello nos haría tomar conciencia acerca de la importancia que adquiere la figura de la investigadora a lo largo de ese recorrido investigador que comparte con otras personas. En nuestra opinión, éste podría ser un buen comienzo para adquirir herramientas que nos hagan posible gestionar malestares y contradicciones como las que hemos señalado a lo largo de este texto y lograr que ese “compartir el recorrido” sea una realidad cada vez más tangible, pues construir y pactar nuestros objetivos con las personas junto a las que trabajamos, se nos antoja el único modo de producir investigaciones comprometidas y basadas en el respeto.

5. AGRADECIMIENTOS

Nos parece pertinente destacar que con este texto no pretendemos generalizar a la "academia como un todo", pues precisamente la academia es el lugar en los que nos hemos encontrado frente a una serie de situaciones que nos han descolocado y han sido fuente de varios dilemas, es dónde han aparecido personas que nos han inspirado y orientado a la hora de gestar estas inquietudes, y que por lo tanto, son parte de esta reflexión. Si bien es cierto que algunas autoras y autores, como las y los que escriben desde la visión decolonial o las perspectivas feministas, nos han aportado grandes ideas, nos parece indebido no nombrar a quienes realmente, con conversaciones más o menos informales, han contribuido a que demos vueltas sobre nuestras prácticas y posiciones como investigadoras. Nos referimos a personas que han sido más o menos cercanas a nosotras, con las que nos hemos encontrado en algún momento de nuestra formación o nuestro trabajo, y que de alguna manera, admiramos por el modo en el que se aproximan al conocimiento y a la investigación. Así, entre otras, nos gustaría

mencionar a Carmen Gregorio y Ana Alcázar por la ayuda prestada en el contexto del máster GEMMA, en la Universidad de Granada, a la hora de repensar la etnografía, el rol de la investigadora y la forma de representar a las personas con las que compartimos el trabajo de campo; a Débora Ávila y Marta Malo por sus trabajos desde la investigación militante, que hemos tenido la oportunidad de conocer de cerca; a Adela Franzé por su papel de directora de tesis y sus continuas orientaciones sobre el trabajo, pero sobre todo por las eternas conversaciones informales que tan necesarias son y de las que tanto aprendemos y crecemos. Del mismo modo, mencionar a Sergio García, que sin quererlo o saberlo y precisamente con esas conversaciones puntuales, nos hace repensar cada paso en el proceso de investigación. También a todas aquellas personas con las que hemos investigado, véase, el colectivo Brigadas Vecinales de Observación de Derechos Humanos, en el que una de nosotras participa desde la “militancia investigadora contra las redadas racistas”. Igual de influyentes han sido todas/os aquellas/os con quienes hemos compartido espacio, comida y amistad en nuestros trabajos en la favela de Río de Janeiro y en el barrio de Hortaleza, en Madrid.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Adánez, J. (2010). Novato en Valle de Chalco: reflexiones sobre la ética del antropólogo desde el recuerdo de una etnografía en una barriada mexicana”. En M. del Olmo (Coord.), *Dilemas éticos en antropología: las entretelas del trabajo de campo etnográfico* (pp. 47-56). Madrid: Editorial Trotta.
- Alcázar, A. (2010). La Cuba de verdad. Construcción de alteridades y turismo en la contemporaneidad. (Tesis Doctoral). Universidad de Granada, Facultad de Filosofía y Letras.
- Ávila, D., y Malo, M. (2012). *Las verdades nómadas. Teoría y práctica de la investigación militante*. Consultado el 15 de febrero en: <https://nocionescomunes.wordpress.com/2012/05/06/las-verdades-nomadas-teoria-y-practicas-de-la-investigacion-militante/>.
- Blanco, M. (2012). ¿Autobiografía o autoetnografía? *Desacatos*, 38, 169-178

- Bondi, L. (2003). Empathy and identification: Conceptual resources for feminist fieldwork. *Acme*, 2, 64-76.
- Freire, R. (2005). De saberes disciplinadores y subalternidad: Hacia la insurgencia de saberes menores. *Sociedad Hoy*, 8, 59-75.
- Fernández, N. (2003). A propósito de las actitudes y roles del antropólogo en su trabajo de campo. *RDTP*, 68, 153-70.
- Gregorio, C. (2006). Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica: representación y relaciones de poder. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 1, 22-39.
- Gregorio, C. (2014). Traspasando las fronteras dentro-fuera: Reflexiones desde una etnografía feminista. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 9, 297-322. doi: 10.11156/aibr.090305.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cybors y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Harding, S. (1987). Is There a Feminist Method?. En Sandra Harding (Ed.), *Feminism and Methodology* (pp. 1-14). Bloomington: Indiana University Press.
- Jociles, M.I. (1997). Nigel Barley y la investigación etnográfica. *Política y Sociedad*, 24, 97-120.
- Malo, M. (Ed.). (2014). *Nociones comunes. Experiencias y ensayos en investigación y militancia*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Pérez, P. (2014). Cuerpos, emociones y ciudades. Repensar el “Derecho a la Ciudad” desde una mirada etnográfica. (Trabajo de Fin de Máster). Universidad de Granada, Instituto de Estudios de la Mujer.
- Redfield, R. (1968). *Tepoztlan: a Mexican Village. A Study of Folk Life*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Said, E. (2008) [1978]. *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo
- Scheper-Huges, N. (1997). *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Ariel.
- Simmel, G. (2005). As grandes cidades e a vida do espírito. *Mana. Estudos de Antropologia Social*, 11, (2), 577-592.

- Soto, P. (2013). Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones. En Paula Soto y Miguel Ángel Villagarán (Ed.), *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximación desde las Ciencias Sociales* (pp. 197-218). México DF: Maporrúa.
- Téllez, V. (2010). No estamos de acuerdo con alguna de tus interpretaciones. Gestión de la información en el trabajo de campo con personas estigmatizadas. En Margarita del Olmo (Coord.), *Dilemas éticos en antropología: las entretelas del trabajo de campo etnográfico*, (pp. 187-202). Madrid: Editorial Trotta.
- Whyte, W.F. (2005). *Sociedade de esquina. A estrutura social de uma área urbana pobre e degradada*. Zahar: Rio de Janeiro.

